

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LXI —

M. S. y F. (¿...?)—*Elementos de cronología. Reimpreso para uso de las escuelas de la Nueva Granada*—11 x 15 ctms.—67 páginas—Imprenta de Nicolás Gómez—Bogotá, 1847.

No sabemos a quién corresponden las iniciales M. S y F., o si son seudónimo que un nombre determinado recatan. En todo caso, no figuran como tal en el libro *Seudónimos colombianos*, de Rubén Pérez Ortiz, que el Instituto Caro y Cuervo editó como volumen II de la serie bibliográfica, en 1961. Ni hemos visto mencionada esta obra en los catálogos hasta ahora publicados de la Biblioteca Luis-Angel Arango, ni en los del “Fondo Quijano Otero” y del “Fondo Pineda”, de la Biblioteca Nacional de Colombia.

El autor principia su exposición con unas *Prenociones* muy claras y concretas, en las que se analizan y explican los fundamentos de la cronología, que en el libro se define como el arte de ordenar y computar el tiempo, según el significado etimológico de la palabra: de *chronos*, tiempo, y de *logos*, discurso o tratado.

Refiérese luego el autor a las principales particiones que el tiempo ha sufrido, a manos de los historiadores: la tan conocida de los dos grandes períodos, desde la creación del mundo hasta la venida de Cristo, y desde su nacimiento hasta el fin del mundo. Le adjudica al primer período, siguiendo el parecer de varios cronólogos, una duración de cuatro mil años. “Pero se advierte —añade— en él una cronología incierta, ya por la diferencia del cómputo de los setenta y del *texto hebreo*; ya porque los escritores sagrados no expresan si los años de los patriarcas, reyes, etc. de que tratan fueron cumplidos, o tan solo empezados; y por otra parte no parece verosímil que todos muriesen en el preciso día de cumplimiento de años sin meses, ni días más, o menos. Además, reina la mayor oscuridad acerca de la clase de los años; pues la duración de estos

ha sido varia y diversa en los antiguos pueblos. A este primer período pertenecen las antiguas monarquías de los asirios, egipcios, persas etc. y todas las partes de las divisiones que antecedieron a la venida del Salvador del mundo...". (Págs. 3-4).

Alude luego a las tres divisiones que de la cronología universal hizo Varrón: la primera, o *tiempo incierto*, desde la Creación hasta el Diluvio; la segunda, denominada *tiempo fabuloso*, desde el Diluvio hasta las Olimpíadas; y la tercera, nombrada *tiempo histórico*, desde las Olimpíadas en adelante.

Reflejo de las ideas imperantes sobre estas materias, a raíz de la publicación de este libro, es la enunciación que hace el autor, de la división de la cronología en siete períodos, que se llaman *edades del mundo*. Las sintetiza M. S. y F., de la siguiente manera:

"La primera edad abraza el espacio de tiempo transcurrido desde el principio del mundo hasta el diluvio; i su duración, según cálculos modernos, se supone ser de 1656 años: la segunda edad, desde el diluvio hasta la vocación de Abraham, y comprende 426 años; la tercera edad desde Abraham hasta el *Exodo*, o salida del pueblo de Israel de Egipto y comprende 430 años; la cuarta edad, desde el *Exodo* hasta la fundación del templo de Salomón, i se la supone una duración de 479 años; la quinta edad, desde la edificación del templo hasta la libertad que dio Ciro a los judíos después del cautiverio de Babilonia y abraza 477 años; la sexta edad, desde el fin del cautiverio de Babilonia hasta la venida de Cristo, y comprende 532 años; la séptima edad, desde el nacimiento de Cristo hasta el fin del mundo. La duración de las seis primeras edades suma 4.000, número de años que los modernos prefijan haber transcurrido desde la Creación hasta el nacimiento de Cristo..." (Págs. 4-5).

Desdeña el autor la división que los antiguos poetas hicieron del tiempo, en siglo de oro, de plata, de bronce y de hierro, tan del gusto, en cambio, de don Quijote, en sus discursos magistrales.

Al hablar del tiempo *proléptico* —días, horas, etc.— dice que se entiende por tal un espacio de tiempo transcurrido antes de la Creación que matemáticamente se supone.

Pondera luego la antigüedad del arte de la cronología, y alude a "los preciosos *mármoles de Arundel*, y el *clavus annalis* que fijaba antiguamente el Pretor en Roma, serán siempre unos monumentos incontestables del aprecio e interés con que se ha mirado el cómputo y fijación de los tiempos desde la más remota antigüedad...". (P. 5).

Reconoce su importancia en el ámbito de la historia y el papel que le compete para dirimir las controversias dogmáticas, que las más de las veces penden de la asignación de una época, del establecimiento de una data, etc. Y advierte cómo las enfáticas y ruidosas disputas de ciertos críticos, no reconocen muchas veces otra causa que la ignorancia del orden de los siglos.

“La cronología, pues, es un arte indispensablemente necesario en la categoría de los conocimientos humanos, —escribe—. Y añade: “¿Y a qué hombre sensato no da lástima el ver la ignorancia casi jeneral que se observa en tan útil arte? ¿Quién no se compadece de tantos lectores para quienes las primeras páginas del calendario son absolutamente inintilijibles? ¿Quién no ha visto leer historias, abstracción hecha de épocas y datas, por ser noticias incomprensibles? ¿Nos maravillaremos, pues, de tanto *anacronismo* como se comete cada día imprudentemente?...” (Pág. 5-6).

Y continúa explicando: “Entiéndese por *anacronismo* o *anticronismo* el error en el cómputo y fijación del tiempo. Cuando se fija el acaecimiento de un suceso después que realmente sucedió se llama *metacronismo*; y cuando se anticipa su verdadera fijación se llama *procronismo*. La buena coordinación de los sucesos según los tiempos en que sucedieron se dice *sincronismo*...”.

Y termina el capítulo inicial de *Prenociones*, de esta manera: “A pesar de ser la cronología un arte tan útil e interesante como acabamos de establecer, no se ha trabajado en él con lógica; no se ha tratado de señalar una senda metódica y segura para iniciarse en él con orden y suavidad: en una palabra no se ha considerado como un arte, ni tampoco se ha querido considerar (cual debiera) como un ramo de instrucción elemental. Faltos, pues, de modelos que imitar o modificar, nos hemos visto precisados a ser originales en la división y distribución de las materias...” (P. 6).

El índice o programa para el desarrollo de la materia, es el siguiente:

PRIMERA SECCION

De la división del tiempo.

- De la hora.
- Del día.
- De la semana.
- Del mes.
- Del año.
- Del lustro.
- Del siglo.
- Del evo.

SEGUNDA SECCION

De los ciclos i períodos.

- Del ciclo solar — letra dominical.
- Del ciclo lunar — número áureo.
- De la indicción.
- Del período dionisiano.
- Del período juliano.
- De la corrección gregoriana.

De las Eras o Epocas.

- De las Eras sagradas.
- De la creación del mundo.
- Del diluvio universal.
- De las Eras eclesiásticas.
- Del martirio de San Pedro y San Pablo.
- De la Era de Dioclesiano, etc.
- De las Eras civiles.
- De la destrucción de Troya.
- De las olimpiadas.
- De la fundación de Roma.
- De la Era de Nabosar.
- De la Era de los seleucidas.
- De la Era hispánica.
- De la hégira.
- De la Era de los cónsules.

CUARTA SECCION

Del calendario.

- Del calendario astronómico.
- Del calendario religioso.
- Del calendario civil.

Con meridiana claridad, M. S. y F. va explicando el desarrollo de su programa, no solo desde el punto de vista de la que para el autor era su actualidad científica, sino remontándose a menudo al pasado y suministrando a propósito, datos históricos del mayor interés. Su obra es ciertamente elemental, pero hay en ella nociones que muchos ignoran y que no deberían olvidarse, porque constituyen, en realidad, conocimientos triviales pero que se echarían de menos, escandalosamente, si los ignorase cualquier persona culta. No todos saben, por ejemplo, que la *hora* es aquel espacio de tiempo durante el cual la tierra corre 15 grados de su revolución diaria, ni que se divide en *simple* o *igual* y en *compuesta* o *desigual*; ni que el día se divide en natural y artificial, lo mismo que la noche; ni que no hay uniformidad en todos los pueblos para contar el principio del día, que desde que unos lo hacen desde el ocaso del sol, otros lo verifican desde su salida; y los astrónomos desde que el sol se halla en el meridiano, pero el común de las gentes, los colombianos desde luego, cuentan el principio de cada nuevo día desde la hora de la media noche.

Tampoco todos saben que el día artificial se ha dividido en cuatro partes iguales, a saber: *prima*, *tercia*, *sexta* y *nona*. Que *prima* es el espacio de tiempo que va desde la salida del sol hasta el punto medio entre la salida de dicho astro y el mediodía: *tercia*, desde dicho punto medio hasta medio día; *sexta*, desde mediodía hasta el punto medio entre mediodía y el ocaso; y *nona*, desde este punto medio hasta el ocaso. Y que

la noche artificial ha experimentado una división semejante, cuyo conjunto se denomina *vigilias*. La *primera vigilia* es la primera cuarta parte de la noche artificial; la *segunda vigilia* es la segunda cuarta parte, etc. Divisiones que todavía tienen vigencia en el ritual o la liturgia de la iglesia católica.

Todo esto se explica y enseña en este librito publicado hace ciento veinte años y escrito con extrema claridad y sencillez. Y desde luego muchas nociones más que con la cronología tienen que ver, como el origen de los días de la semana —con paganas reminiscencias— y la mutación que de estas mandó realizar el Papa San Silvestre, quien dispuso que los días de la semana se llamasen *ferias*, exceptuando el sábado, que conservaría su primitivo nombre. Los portugueses conservan esta modalidad para la denominación de los días de la semana, aunque M. S. y F. no lo diga.

No son menos interesantes las noticias que acerca de los meses recoge el autor de este libro. Los hay de dos linajes: mes *lunar* y mes *solar*. Aquel se divide en periódico, sinódico y civil. El primero es el espacio de tiempo que necesita la luna para correr su órbita. Se ha calculado que es de 27 días, 7 horas, 43 minutos y 7 segundos. Mes lunar *sinódico* o *astronómico*, es el espacio de tiempo que gasta el satélite de la tierra desde una conjunción con el sol hasta la otra conjunción siguiente, cuyo espacio equivale a 29 días, 12 horas, 44 minutos, 3 segundos, 10 terceros. Y mes lunar *civil* es el espacio de 29 días y 12 horas, recuerda el autor. Y enseña que los meses lunares civiles se disponen de tal modo que sea alternativamente uno de 30 y otro de 29 días. La lunación que consta de 30 días se llama *plena*; y la que se compone de 29 se dice *cava*. (Págs. 10 y sgtes.).

El mes *solar* se divide a su vez en *natural* y *civil*. El primero es el espacio de tiempo que el sol gasta en recorrer cada uno de los doce signos del Zodíaco; pero como aquel emplea más tiempo en recorrer un signo que otro, se deduce que los meses solares naturales o astronómicos son desiguales en duración. Un cálculo promedio fijaría la duración de cada mes en 30 días, 10 horas, 19 minutos y 6 segundos.

Luego de analizar los orígenes históricos y características de los 12 meses del año que ahora rigen entre nosotros, y en casi todos los países del mundo, hace un análisis de las tres épocas o puntos fijos del cómputo romano referente a los meses: las *kalendas*, las *nonas* y los *idus*. Para la inteligencia de la cuestión, adiciona una tabla en la que aparecen los meses de enero y julio, con los días de ellos enunciados a la manera romana.

No menos interesantes que las noticias anteriores son las que en este libro se encuentran a propósito del año: sus divisiones, la historia y evolución de esta división del tiempo, con Rómulo, Numa Pompilio, Julio César, Augusto, etc. M. S. y F. nos cuenta aquí las vicisitudes del mes de febrero, el proleulario del año, y las razones astronómicas o los caprichosos móviles que acabaron por imponer, tocante al año y sus divisiones, lo que ahora existe.

No todos los pueblos comienzan el año, como nosotros, el 1º de enero. Los hay que lo inician por Navidad, otros por Pascua florida, algunos el día de la Encarnación.

Poco escapa al afán de divulgación del autor, acerca de las materias que en este libro desarrolla. Alude, desde luego, a la pretendida reforma que del calendario hizo la revolución francesa. Pero se olvida lamentablemente de otro famoso intento de reforma, del *Calendario positivista* para un año cualquiera, o cuadro completo de la preparación humana, inventado por Comte, y que quienquiera puede ver en las páginas finales de su *Catecismo positivista*, o exposición sumaria de la religión universal.

Otros períodos de tiempo, de que se ocupa la cronología, el lustro, el siglo y el evo, son convenientemente explicados en este libro. Desde luego, no todas estas modalidades obedecen a una razón de orden natural o astronómico: varias de ellas se deben a la periodicidad con que el Estado verificaba la exacción de los impuestos y tributos públicos, por lo que, en el sentir popular, su acercamiento se temía como el de una nefasta calamidad social.

Los temas relacionados con las secciones segunda, tercera y cuarta del índice o programa de este libro, encuentran a lo largo de sus páginas cumplido desarrollo. El autor propone los problemas más comunes que la cronología suscita, y ofrece, desde luego, las adecuadas soluciones de los mismos, v. gr.: Dado el ciclo solar de cualquier año, hallar la letra dominical que le compete, después de la corrección gregoriana; hallar el ciclo solar y lunar de un año dado después de la era vulgar, por medio del período dionisiano; sabidos los ciclos solar y lunar de un año cualquiera, hallar el año del período dionisiano correspondiente; dado cualquier año del período juliano, hallar los ciclos que le competen; dados los tres ciclos de un año cualquiera, hallar el año correspondiente del período juliano, etc.

La obra está complementada con una tabla de las letras dominicales para cualquier siglo después de la corrección gregoriana, y sendas tablas por medio de las cuales, sabida la epacta de un año de los comprendidos en las mismas, se sabrá la letra del Martirologio Romano competente. Otra, de las letras del Martirologio Romano, correspondiente a los áureos números y epactas, desde 1700, inclusive, hasta el fin de 1899. Otra, en fin, de las letras del Martirologio Romano correspondientes a los áureos números y epactas desde 1900 hasta el año de 2.199. Sin olvidar una tabla final de las fiestas fijas o inmóviles de cada año, que entonces eran en número de quince.

Un apéndice, en el que se enseña el modo de reducir los años de una Era a los de otra Era diversa, complementa este curioso y rarísimo libro, cuya lectura, al cabo de ciento veinte años de publicado, resulta amena y de no poca utilidad.